

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya

30
Cts



Marlene Dietrich y Clive Brook, en una emotiva escena
de la película Paramount "El expreso de Shang-Hai"

AÑO III N.º 54
30 de julio de 1932

Elige con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Dos escenas
de la magnífica
película "El
proceso Drey-
fus", película
que se proyec-
tará la próxi-
ma temporada

FILMS
SELECTOSSEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. LarreaREDACCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN
Diputación, 219 Tel. 13022
BARCELONADELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 30 y 32PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓNEspaña y Colonias
Tres meses 375
Siete meses 750
Un año 1.250América y Portugal
Tres meses 475
Siete meses 950
Un año 1.500CADA
SÁBADONÚMERO SUJETO
30
CÉNTIMOS

DIVAGACIONES CINESCAS

DE CUANDO ERA MUDO

ANTE el meticuloso cuidado con que el actor aprende hoy el papel que, sin ayuda de apuntador, ha de recitar palabra por palabra ante el micrófono, se nos ha ocurrido pensar más de una vez qué decían antes los actores, cuando el cine era perfectamente mudo.

Porque bien sabemos que entonces, aun no teniendo que oír nadie lo que se decía, era conveniente articular palabras para dar verdadera expresión a la escena. Pero, no teniendo al lado el inflexible fiscal del micrófono, era fácil dejar de decir lo que se tenía estudiado o, en casos extremos, improvisar frases del momento, sin relación ni coherencia con la conversación que luego se leía en los rótulos. Con tal que los labios se moviesen con la naturalidad del tono que convenía a la escena, había más que suficiente para salir del paso.

No podemos responder de cómo se desenvolvería en Hollywood el diálogo de las películas mudas, pero si podemos decir cómo se desenvolvía en uno de los estudios que «in illo tempore» había en Barcelona, en aquel tiempo heroico de las películas de serie, cuando se proyectaban, como nota sensacional del día, los famosos «Misterios de Barcelona». La misma curiosidad que hoy sentimos la sentíamos ya entonces, y ella nos indujo a preguntárselo a un amigo nuestro que había trabajado en algunas películas.

Nos aseguró que pronunciaban siempre palabras — conceptos — acordes con la situación de la escena; pero que, a pesar de todo, se admitían con frecuencia las palabras incoherentes, con tal que fuesen pronunciadas en el tono a propósito. Y, para demostrárnoslo mejor, nos contó lo sucedido en una de las últimas escenas que había impresionado, en la cual había de increpar así a la protagonista, cogiéndola enérgicamente por las muñecas y mirándola con fiereza a los ojos:

—¿Qué has hecho de mi honor, mujer perversa?—

Frase que él, cansado ya de repetirla en mil ensayos, tuvo la humorada de substituir por esta otra, que pronunció en el mismo tono de esposo ultrajado:

—¿Te comerías ahora un plato de judías calientes?—

De momento, lo incoherente de la ocurrencia estropeó el buen efecto del ensayo, pero, a fuerza de repetirlo, vió que, para el efecto en el celuloide mudo, tenía tanta energía una frase como otra.

No sabemos si aquel nuestro amigo, abusando de la ingenuidad de nuestros quince años, nos contó una anécdota sin mas valor real, acaso, que el que él le dió en su imaginación meridional; pero si podemos asegurar que recibimos entonces la primera impresión de recelo y desconfianza por las cosas del cine. De tal manera, que, cuando luego hemos visto en la pantalla escenas emotivas de amor o de tragedia, hemos recordado, sin querer, la anécdota de las judías, y nos ha quedado siempre la sospecha de si realmente decían los artistas las ternuras o impropiedades que nosotros interpretábamos.

Por eso, cuando empezó a propagarse el cine hablado, sentimos, en lo más íntimo de nuestra ingenuidad de espectadores, la extrema complacencia de poder recuperar la fe en lo que decían los artistas al trabajar. Mas, desgraciadamente, hemos estado a punto de volver a perder esa fe, al comprobar el truco de los «dobles», donde el que mueve los labios ante la cámara nada tiene que ver con el que los mueve ante el micrófono. Será tal vez prejuicio, o no lo será, pero, oyendo hablar a los artistas, todavía sospechamos si lo que están diciendo no será algo que guarde con el espíritu de la escena la misma relación que guarda el honor ultrajado con el plato de judías calientes.

LORENZO CONDE

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 375 - Semestre, 750 - Año, 1.250

AMÉRICA Y PORTUGAL:

Trimestre, 475 - Semestre, 950 - Año, 1.500

Nombre

Calle

Población

Provincia

Deseo suscribirme a Films Selectos por un trimestre — semestre — un año. (Táchese lo que no interese.)

A partir del 1.º El importe se lo remita por giro postal número Impues-

ta en o en sellos de correo. (Táchese lo que no interese.)

(Firma del suscriptor)

(Fecha)

de 1932.

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

678. — A Francisco Marqués Oliveira, de Portugal, le dice María Teresa Gómez: Aprovechándose del amable ofrecimiento que hizo en esta revista, me atrevo a pedirle me envíe la fotografía del artista Clive Brook, y un número de una revista cinematográfica portuguesa, para me agradaría conocer alguna de sus películas. Si deseara dicho señor alguna revista o fotografía cinematográfica y estuviese en mi mano el proporcionársela, no tiene más que pedirlo a mi dirección: Apartado 96, Valencia (España).

679. — Manolo Quiroga agradecería a los amables lectores de esta simpática revista le facilitaran las partituras para guitarra de los tangos que canta Carlos Gardel en *Luces de Buenos Aires* y el vals *Al pie de un rosal florido*. También agradecería el vals *Recordar*, que canta Imperio Argentina en *Su noche de bodas*, para violín y guitarra, ofreciendo, en cambio, mis pocos conocimientos cinematográficos. Mis señas: Manolo Quiroga, Pescadería, 35, Puen-tedume (Córdoba).

680. — Doctor Patillas dice lo siguiente: Ofrezco varias revistas cinematográficas portuguesas, como *Imagem*, *Cinefilo* y *Revista de cinema*, a todas las lectoras de esta simpática revista.

El mismo dice: Quedaría muy agradecido al amable lector que me proporcionara la letra del tango de Nani titulado *Me gustan los pirópeos*.

681. — Natalidad pregunta: Algunos de ustedes puede proporcionarme el número 1 de esta revista (que está en buen estado, por supuesto) a cambio de una foto de Greta Garbo, Marlene Dietrich o bien pagando el importe? Mis señas: A. R. R., Mar. 6, 3.ª, Palma de Mallorca.

682. — El desea saber dónde han nacido y cómo se han hecho artistas Lupita Tovar, Luana Alcañiz y Conchita Montenegro.

También desearía sostener correspondencia con alguna lectora de esta revista.

MI dirección: José Calabuig, Riquelme, 79, Ribarroja (Valencia).

683. — *Gitanillo* de Madrid desea saber la dirección de las principales casas productoras

Los convalecientes que quieren recuperar rápidamente sus fuerzas, vigorizar su organismo y evitar las recaídas, tomen **Hipofosfitos Salud**.

de películas, tanto españolas como extranjeras. El domicilio de Ketty Moreno.

Un suscriptor para las lectoras de esta simpática revista, y si alguna desea tener correspondencia con un servidor, puede dirigirse a mi dirección: Angel Alcazar, II, Du. José en Alameda (Badajoz).

684. — En uno de esos momentos de tristeza que todos tenemos en esta vida, y mucho más si, como yo, no puede expresarlo por palabras, ya que este preciso don lo perdí hace cerca de seis años, me dirijo a los lectores de esta revista, por mi tan admirada, para rogarme una amistad por escrito.

Mis señas quedan en poder del señor director. Les envío de antemano mi agradecimiento más profundo. *Corrida*.

CONTESTACIONES

Tres contestaciones de Yuhser:

746. — A *Anacleto* le remito los siguientes datos: José Bohr nació en Alemania, de padres alemanes, pero éstos se trasladaron a Chile cuando José tenía tres meses y allí se educó. Cuando cumplió los diez y seis años se escapó a la Argentina. Más tarde se casó allí con «Mamá nena» — Eva Leminona (artista y pianista) —, que colaboró con él en sus giras artísticas, primero como actor de comedia y después como cantante de tangos, recorriendo la mayoría de los países hispanoamericanos, cosechando laureles y aplausos. Sus correrías lo llevaron hasta New York y más tarde a Hollywood. George W. Werks le contrató para películas en español. Tiene una hija crecida y

espera un próximo «bebé». Su casa está situada en una colina de Hollywood, es blanca y roja y hay un letrero que dice «Bienvenido seas a la casa de Mamá nena».

Perteneció a la Universal ahora, donde filma *Hollywood*, ciudad de ensueño, con Lupita Tovar y Lita Tora. Antes trabajó en las siguientes cintas: *Así es la vida*, con Lolita Vendrell; *Es flame* (le es amada); *Blanco y negro*; *El alegre bandolero*; *Sombras de gloria*, con Moma Río (versiones en alemán, francés e italiano); *El romance del lunario*, con Mirna Loy; *El divino pecado*; *Cielo azul*, etc., etc.

747. — Para el más feo lector. Protagonista de *Mariste*, príncipe aventurero, Maciste (Bartolomé Pagano).

Silvia Sidney nació en New York el 18 de julio de 1910. Hija de un dentista, su madre la matriculó en la escuela superior de Washington Irving para las clases de declamación que daba Joseph Geiger; mientras tanto ella daba lecturas de Byron y actuaba en representaciones infantiles. Luego siguió sus estudios técnicos en la Escuela Dramática de Winifred Lemban; aquí fue donde actuó como protagonista de *Principia*. Poco después trabajó, en un fin de curso, en *El crimen*, de Sam Shigman, con James Hennie como estrella. Vieron después obras de creciente importancia, en las que tomó parte, tales como *Gods of the Lightnings*, *China y Mung a Ship*. La Paramount la contrató en sustitución de Clara Bow, para el film *Las calles de la ciudad*, con Gary Cooper.

Nuevos films de Silvia: *Confesiones de una colegiala* y *Una tragedia americana*, con Philip Holmes; *La calle*, con William Collier Jr.; *La dependiente*, con Clive Brook; *Se necesitan empleados*, con P. Holmes, y *Ladies of the Big House*, su más reciente producción.

Se la ve mucho en compañía de Carl Laemmle Jr.

748. — A Un pelón: Direcciones: Conchita Montenegro, Fox, 880, Tenth Avenue, New York; Rosita Moreno y Marlene Dietrich, Paramount Building, Paramount, New York. La de María Luz Callejo no la sé por no estar contratada por empresa alguna en la actualidad.

Los contestaciones de Un variano:

749. — A Un asiduo lector de la revista: Siéntese no tener en francés la letra de la canción que solicita; por si le interesa en español, ahí va *Un buen compañero*, canción de la película *El trío de la berrina*, cantada por Henri Garat, René Lalevre y Jacques Maury.



2,000 fonógrafos regalamos

a título de propaganda a los dos mil primeros lectores de

FILMS SELECTOS

que hayan encontrado la solución exacta del jeroglífico indicado al pie y se avengan a sus condiciones.

Encontrad los nombres de tres grandes ciudades españolas, cuyas sílabas se encuentran combinadas en los nueve cuadros siguientes:

SE	LA	DO
MA	LE	LLA
TO	VI	GA

Envíad la contestación a los

ESTABLECIMIENTOS PALMA

99, Boulevard Auguste Blanqui - PARÍS (Francia)

Adjuntad a la respuesta un sobre con su dirección

NOTA. - Las cartas para el extranjero deben franquearse con un sello de 40 céntimos.

11. — Hago el motor — con gran ardor, — lute con fuerza el corazón, — gloria y salud — de juventud — nos llevan tras la pasión. — Bella es la vida — que nos convida — a gozar de la amistad. — Contempla, para, — que nuestra — es esta sin par felicidad. — Refrán: Un buen compañero — es la mejor que se puede tener, — pues un buen compañero — es más fácil que una mujer. — Con pena o sin dinero — gran fortuna es la amistad, — con un buen compañero — se tiene la felicidad. — 11. Engañador — es el amor, — loco quien cree en la mujer. — ¿Quién ahora ya — tras ella va? — Más bello es el mundo recortar — con gasolina. — ¿Quién hoy no atina — a encontrar la felicidad? — ¿Quién loco ha — de amor de un día — cuando es eterna la amistad?

750. — Desearía saber las direcciones de Max, Antonio Piza Sandino y Una morena de ojos negros para enviarles las fotografías de Greta Garbo y Adolphe Menjou, Imperio Argentina y Dorothy Gramer respectivamente.

751. — El hijo del Zorro, Mieres, contesta a Una rubia y una morena de Pelusos, mandando las letras de *El favorito de la guardia*.

Cuando baila contigo. — Siento al estrechar — tu tallo, al bailar, — los latidos de tu corazón; — ritmo encantador, — que invita al amor, — encendiendo la mutua pasión. — ¿No es la danza, di, di, — loco frenesí — que un instante me adueña de tí? — Siento al rodear — tu tallo, al bailar, — tu corazón palpitar. — Refrán: Si estoy cerca de ti — y me rozan así — tus cabellos, tu rostro, tu tez, — una gran emoción — sube a mi corazón — y me embriaga dulce embriaguez. — Porque es todo mi bien — de la danza al volver — sentirte tan cerca de mí; — ritmo encantador — me invita al amor — y un instante me adueña de tí.

Para ser buen diplomático. — Para ser buen diplomático — ha de ser simpático; — ha de ser del país del guardián. — Por mar y por tierra — la paz y la guerra — a su arbitrio sujetas están. — Bello es su papel, — mas precisa en él — circunspección, — mucha tacto y mucha discreción. — Refrán: Para ser buen diplomático — tiene uno que ser simpático, — tener tacto, larga vista, — juicio, — ser suave, halagador; — si hace falta, ser actor; — con grandes dotes de artista. — Ser a ratos mentiroso, — ¡es portentoso! — hay que tener seriedad — y habilidad, — y en la charla ser muy dicho, — que no hablo poco, ni mucho.

Nada sé de ti. — Mi dulce bien — ¡juntos a mí voy! — diga ya su promesa — tu boca de frasa. — ¡Quédate aquí! — Conmigo estarás; — mi reina serás. — Ven, que te adoro — y un rico tesoro — guardo para ti. — Refrán: Nada sé de ti, — ¡oh Mizzi!, — ni sé nada de mí. — Ello no impedirá — que nos amemos ya; — una chispa bastó — y nuestros amos brotó; — tu nombre fue precioso don — que nos dió. — Tu nombre, sí, Mizzi, propicia — es la delicia — que suave mi oído acaricia. — Nada sé de ti —

Para dominar usted sus nervios y fortalecer rápidamente su organismo desgastado, el tónico más eficaz es el Jarabe **Hipofosfitos Salud**.

ni sé nada de mí, — mas, conocemos nuestro amor, — ¡que es lo mejor!

Para ser cocinero. — La literatura, — como la pintura, — es nada práctico conduce. — Arte culinario — es extraordinario — que al listo y al torpe seduce. — Arte destacado, — bello y refinado; — arte coqueto, — que no tiene igual. — Refrán: Para cocinero ser — rara maña hay que tener. — fino olfato, buena vista, — es del señor la exactitud, — del señor la pulcritud — y la gracia del artista. — Para hacer un plato sabroso, — ¡es portentoso!, — hay que tener seriedad — y habilidad, — y en la dosis ser tan dicho — que no ponga poco, ni mucho.

Largas, ¡verdad, saludamos jóvenes! Pues todavía, si estuvieran ustedes cerca, se les contaría para que aprendieran también la música. Ahora les pido ya un favor, si no tienen inconveniente en concedérmelo: les ruego me envíen una fotografía de la saludísima Imperio Argentina (si es que la poseen) o de María F. Ladra de Guervara a la siguiente dirección: E. Fernández, Mieres, La Villa, 181 (Asturias). Gracias anticipadas.

752. — Del mismo para Antonio R. Ribas: Respecto a lo que usted dice, joven, me atrevo a indicarle que escriba usted a don Carlos San Martín a los Estudios Paramount de París, pues yo tengo su dirección de cuando estaba en Madrid (me la mandó la Paramount de Barcelona), pero ahora supongo estará donde antes lo dijo.

753. — Del mismo para Flor orientada: La dirección de Warner Baxter le encontrará en íntimas atravesadas de **FILMS SELECTOS**. Los actores así siempre mandan su fotografía, pero ella les sirve de propaganda. A mí, entre otros, me mandó su fotografía, tamaño 13 x 18, el asiduo Novorro, sin mandarle ni cinco céntimos.



Los periódicos nos traen ahora noticias frecuentes de Dolores del Río, a la que un día llamamos nosotros, desde la portada de un librito detestable, «la triunfadora». Buenas noticias, por otra parte. Dolores del Río ha vuelto a la pantalla. O, mejor, ha resurgido después de su oscurecimiento de un par de años.

Efectivamente, cuando los «talkies» invadieron las pantallas del mundo, Dolores comenzó a caminar de fracaso en fracaso y pudo llegarse a temer que toda la gloria cinematográfica que ella había conquistado en las postrimerías del cine mudo con unas interpretaciones excepcionales, iba a derrumbarse para siempre. Su primera película hablada fué una decepción tremenda para sus numerosos admiradores. La segunda, también. Y todas las demás.

Pero lo curioso del caso — y lo que tal vez no han sabido ver todos los espectadores — es que estos fracasos no eran fracasos de ella, sino fracasos de sus películas, de los argumentos de sus películas, de los directores de sus películas. Dolores es una artista de un temperamento especial, que necesita por ello asuntos especiales, asuntos fabricados expresamente para ella. Esto es lo que no han querido o no han podido ver sus productores de Hollywood. A ella hay que darle a interpretar papeles eminentemente dramáticos y eminentemente apasionados, en los cuales pueda brillar todo el fulgor de sus ojos inmensos y manifestarse íntegramente la delicada sensibilidad de su alma. Creemos, a este respecto, que ningún director ha comprendido a Dolores de un modo tan perfecto como su descubridor Edwin Carewe. Edwin fué el que la hizo abandonar su vida cómoda y elegante entre la buena sociedad mejicana, para hacerle correr la aventura hermosa y dolorosa de Hollywood, en la que ella iba a conquistar la fama blanca de la pantalla, pero iba a perder para siempre al que fué su primer marido Jaime del Río, fallecido en Berlín en las tristes circunstancias que todos conocemos.

Todo lo que es Dolores a Edwin Carewe se lo debe de un modo más o menos directo, puesto que él fué quien la condujo en los primeros pasos de su carrera, ayudándola a salvar los tropiezos que ella fué dando hasta que todo su talento de actriz primerísima se plasmó en esa obra magnífica

Otra vez, sobre las pantallas, los ojos inmensos de Dolores del Río vuelven a brillar con el fulgor de antaño. La actriz excepcional vuelve a triunfar en el cine después de unos cuantos fracasos, debidos a la incomprensión de unos directores mediocres que no supieron hacer resaltar el verdadero valor de su arte maravilloso.
(Foto R. K. O. de Ernest A. Bachrach.)

TRIUNFO Y FRACASO DE Dolores del Río

del cine que se llama «Resurrección». No debe olvidarse que las tres primeras películas interpretadas por Dolores en Hollywood, no hacían presagiar, ni mucho menos, el triunfo tan rotundo que ella iba a obtener más tarde. Contratada, gracias a la influencia de Carewe, por la «First National», su torpeza de movimientos ante la cámara produjo un resultado lamentable. Tan lamentable, que la «First» prescindiera de ella, y Carewe, por querer

oponerse a los designios de los grandes mogoles de Cinelandia, tuvo que salir de la casa, en la que llevaba trabajando varios años. El tiempo vino a dar a Edwin la razón, y cuando Dolores comenzó a trabajar para la «Fox» se vió bien claro que en ella había una estrella de primera magnitud. «Ramona», «Venganza», «Resurrección», «La senda del 98», son una prueba bien evidente. De intento dejamos de consignar «El precio de la gloria» — en la que por primera vez se asomó a la ventana de la popularidad — porque entendemos que «El precio de la gloria» significa el hallazgo de una buena película, pero no el hallazgo de una buena actriz.

Y nótese que el descenso de Dolores se inicia precisamente cuando Carewe la deja de la mano. Desde este momento, Dolores camina desconcertadamente y desciende veloz por la pendiente gris de la decadencia. Hay quien cree por ello que Dolores es una creación de Carewe. Nosotros, no. Opinamos que lo que ha ocurrido es que no ha surgido un nuevo director que sepa comprenderla y exprimir bien el jugo de su arte maravilloso.

Y buena prueba de ello es que Dolores acaba de obtener — después de un largo paréntesis de labor negativa — un triunfo bien significativo con su última película, que actualmente constituye un suceso inusitado sobre las pantallas de los cines neoyorquinos.

El cine, pues, parece que nos devuelve a Dolores del Río. Y nos la devuelve bastante ligerita de ropa, para mayor encanto, porque interpreta una indígena de Hawai. Hay que alegrarse de la vuelta triunfal de Dolores del Río, actriz de méritos principalísimos, caída últimamente en el olvido por la incomprensión de unos directores mediocres.

RAFAEL MARTÍNEZ GARCÍA

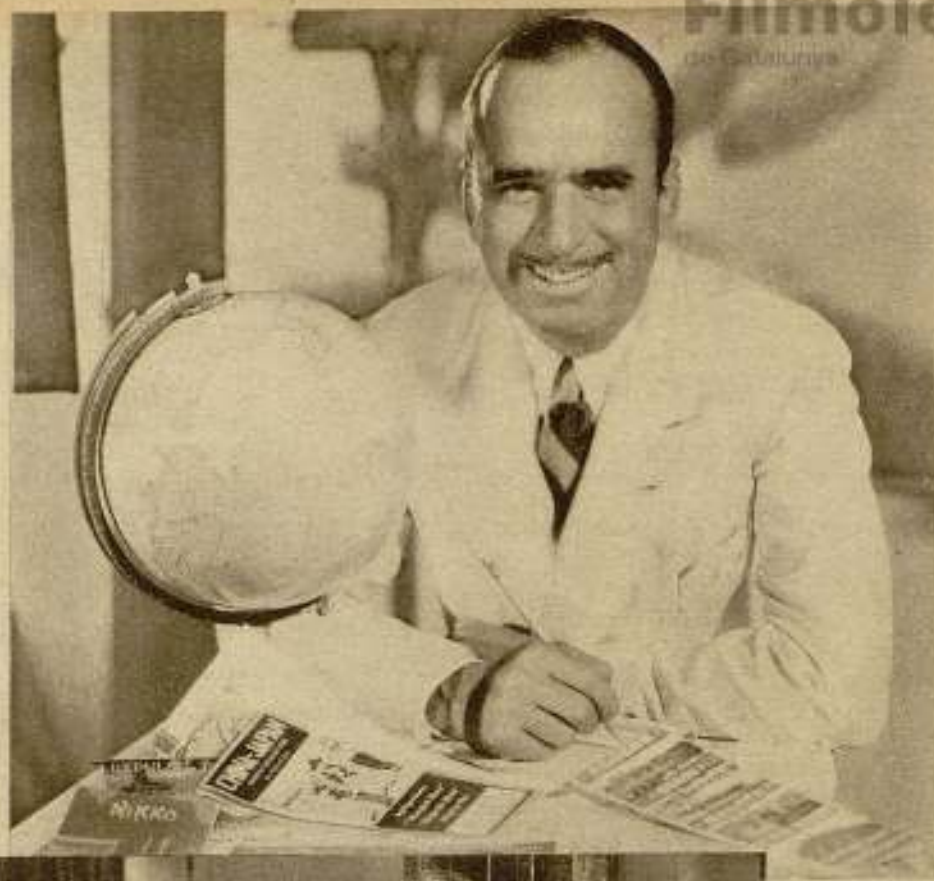
De padres a hijos

El arte de la pantalla vuelve a hacernos pensar en esa misteriosa ley de la vida que empuja a los hijos al camino trazado por sus padres. Hay quien sostiene que las cualidades espirituales pasan a los herederos forzosos, ni más ni menos que si fueran bienes de fortuna. A veces llegan a su nuevo dueño muy mermadas, pero también en el caso de la riqueza material ha de sufrir ésta la mella de los derechos reales.

Otros niegan esa ley de herencia espiritual y atribuyen el hecho de la imitación a la influencia del ambiente en que el vástago vive desde que nace. El hijo de un escritor se desarrolla en un medio empapado de literatura. Se le ofrecen mil ocasiones de leer buenos libros y no es extraño que cobre afición a la lectura aunque ninguna predisposición innata le empuje a ello. Y de esta pasión a la de escribir hay sólo un paso.

Pero dejemos a los psicólogos y a los fisiólogos el estudio del problema. Lo importante para nosotros es que existe y que en el arte cinematográfico se produce con extraordinaria frecuencia.

El caso de Fairbanks hijo es uno de los más notables. Su padre, el gran Douglas, es el creador de un género lleno de movilidad y simpa-



Douglas Fairbanks es el creador de un género lleno de movilidad y simpatía. Pronto podremos admirarle nuevamente en la película "La vuelta al mundo en ochenta minutos con Douglas Fairbanks".



Fairbanks, hijo, aventaja a su padre en variedad y en facultad de adaptación a los papeles de indole más opuesta.



tía. Fairbanks «junior» no ha llegado a tanto porque no ha creado nada, pero aventaja a su padre en variedad y en facultad de adaptación a los papeles de indole más opuesta. Un detalle curioso: famosa es la felicidad, la armonía conyugal que une a Douglas y Mary. Tampoco en esto tiene el hijo nada que envidiar al padre, pues su matrimonio con Joan Crawford es uno de los pocos bien avenidos de Hollywood.

Alice White, afortunada rival de Clarita Bow, pertenece a una familia de actores. Su madre, Marian Alexander, dejó a su familia, huyendo de angustias y privaciones, y entró a formar parte del coro de una compañía. En aquel medio nació Alice White, y aunque su madre murió cuando la niña sólo contaba tres años, la ley de la herencia triunfó mucho tiempo después. Alice se dirigió a Hollywood, en cuyos estudios ingresó, por primera providencia, como taquigrafa. No le fué muy difícil pasar de las oficinas al escenario, y ahí la tienen ustedes recorriendo con éxito el camino que su madre no pudo más que emprender.

La hija que Leatrice Joy tuvo de su matrimonio con John Gilbert, demues-

En Alice White triunfó la ley de la herencia, pues desciende de una familia de actores.

tra ya inclinaciones artísticas que su madre está dispuesta a estimular.

El caso de Buster Keaton es también notable dentro de este tema. Los padres de Buster eran artistas de circo y el propio vástago apareció un día en la pista para realizar sus primeros intentos artísticos. Más tarde ingresó en el cine, y todos sabemos adónde ha llegado. Pero no es esto todo. Sus hijos son entusiastas admiradores del arte de «papá», y cada vez que ven una película suya la repiten en casa a su modo. Este es su entretenimiento favorito, y tanto Buster como su esposa Natalia Talmadge, tienen la impresión de que el camino de los muchachos será inevitablemente la pantalla.

Lella Hyams, la joven estrella, nació durante un entreacto. Sus padres estaban desempeñando los dos papeles principales de una obra, cuando la madre tuvo que ser substituida en las tablas, pues la pequeña Leila no se mostraba dispuesta a esperar a que terminara la obra. Trabajó en la escena cuando tenía cinco años, y, algunos después, su vida se desvió del camino del arte. Leila ingresó como empleada en una agencia de anuncios. Pero en vano intentaba contrariar la ley de su nacimiento y, arrastrada por una fuerza en la que ella tal vez no haya reparado, ha ingresado en el cine, donde constituye actualmente una de las promesas



Lella Hyams, la joven estrella de la Metro, nació durante un entreacto.



Buster Keaton, hoy calbre astro de la Metro Goldwyn Mayer, aparece aquí cuando era pequeño, con sus padres Joe y Myra. Los tres formaban el famoso trío de vaudeville conocido por "Los tres Keatones".

más brillantes. Rod La Roc y Esther Ralston proceden los dos de una familia de artistas de circo.

Los padres de John Gilbert fueron artistas de teatro, y aunque el vástago trató de independizarse de esta influencia y fué vendedor de objetos de goma y periodista, el éxito no le acompañaba y esto, unido al fuego sagrado que corría por sus venas, le hizo volver al redil, que para él era el arte. Así ha llegado a ser uno de los primeros astros de la pantalla.

El matrimonio John Barrymore y Dolores Costello, que tantos lauros ha conquistado en el cine, no ha hecho más que heredar glorias de sus respectivos padres, pues, tanto los de Barrymore como los de su esposa, fueron famosos artistas de teatro.

Pero el caso que más vivamente atrae la atención de los directores y empresarios de Hollywood es el del pequeño Charles Spencer Chaplin, hijo del gran Charlot y de Lita Grey. ¿Habrá heredado el vástago el genio formidable de su padre? El propio Chaplin está a la expectativa, sin duda con la intención de ser, llegado el caso, maestro y director de su hijo. Y entonces sí que es casi seguro que el pequeño Charles llegará a ser un segundo astro de primera magnitud en la pantalla.

J. B. VALERO

IDOLOS DE CRISTAL

Crónica de los Estados Unidos, especial para "Films Selectos", por Mary M. Spaulding



Retrato que Bing Crosby, el poseedor de la más popular y famosa voz radiográfica de Norteamérica, ha tenido la gentileza de dedicarnos.

CONFIESE que esta crónica me la impone la necesidad. La necesidad amarga de adelantarme yo a mis colegas los profesionales de crónicas cineastas, hablando yo del futuro «as» de la pantalla, problemático hoy, pero posiblemente sensacional mañana, a la usanza de las cosas de Cinelandia...

He aquí por qué voy a hablar de Bing Crosby. A dar la noticia de su inverosímil popularidad y de su reciente contrato con una de las casas filmadoras de más prestigio: la «Paramount». Bing Crosby es un idolo nacional. Uno de esos ídolos que surgen entre el estruendo de vidrios rotos que hacen los otros al caer de sus gloriosos pedestales, para quebrarse en millonésimas partes, frente a la indiferencia del público olvidadizo e inconstante...

Aun quedan en el aire partículas de cristal del pobre Ruddy Vallée y del simpático «Buddy» Rogers, ídolos de una efímera temporada que contemplan hoy, desde el sombrío país del olvido, cómo Bing Crosby, bañado en mano, conquista el favor popular que ellos perdieron.

No hay país más fértil para hacer ídolos que Norteamérica. El pedestal en que los coloca es tan alto y a la vez tan frágil, que casi nunca pueden mantener el equilibrio, cayendo para hacerse pedazos, en presencia de la mas «indolente» que antes, en la hora del triunfo, los aplaudiera frenéticamente.

Apenas el último eco de las sentimentales canciones de Ruddy Vallée se perdieron en la distancia, Bing Crosby aturdió con sus cantos melifluos, mezcla rara de romance y vudismo, en el teatro de la Paramount.

La locura, el entusiasmo que el nuevo idolo inspiraba, cundía con asombrosa rapidez. Bastó que un letrero luminoso de anormales proporciones se balanceara en el frontispicio del teatro anunciando la llegada del nuevo idolo, para que las compañías de radio se lo disputaran a precio de oro y la nación entera se estremeciese de emoción frente al prodigio.

Comenzó la obsesión. Las niñas románticas olvidaron a Vallée para fijar la atención en Bing. Los maridos gruñeron al ver que nada ganaban con la desaparición del primero, ya que otro ad-

venedizo venía a turbar su tranquilidad, alterando de nuevo el sistema nervioso de la esposa...

Y había que continuar llevando a la mujercita histérica al teatro, para que allí, frente a sus propios ojos, rindiera culto de adoración al odioso rival.

Por fin, una gran casa productora, influenciada por la extraordinaria propaganda de Bing Crosby (propaganda que la misma casa ayudó a hacer), ha resuelto colocar a Crosby entre los galanes jóvenes de la pantalla, elevándolo de comediante y vaudevillista, al rango de estrella de cine...

Bing será el héroe de una película cuyo rodaje se iniciará en breve. Tendrá el honor de trabajar conjuntamente con una de las estrellas femeninas más populares, y la esperanza de la compañía que lo ha tomado bajo su tutelaje artístico, es que Bing desbanque a Clark Gable, el gran galán sensacional de Cielandia, de la misma manera que desbancó a Buddy Rogers y a Vallée. Se mejante noticia merece una entrevista y me lancé al encuentro del «meteoro». Heme de pronto en el camerino del actor. (¿Lo deberé llamar actor ya?) La cita ha sido previamente arreglada desde hace tres días.

Pero Bing, consciente ya de su propia importancia, ha olvidado que tales arreglos tuviesen lugar.

El secretario me hace pasar a un saloncito adornado exquisitamente. Hay que anotar que Bing, antes de llegar al estrellato, ya vive como estrella. Su camerino no es como el camerino corriente de los trashumantes. Bing tiene un ala del edificio, dos cuartos, un saloncito, etcétera...

Comprendo, por el nerviosismo con que el secretario le recuerda la cita que tiene conmigo, ya que el rumor de sus voces llega vagamente a mis oídos, que Bing le está diciendo impropiedades...

El joven se acerca a la puerta, y tratando de hacer su quejumbrosa voz, amable y conciliadora, me ruega:

—¿Podría usted venir mañana? Bing no se encuentra bien ahora..., está indispuerto... Había olvidado esta cita...

Y yo, con una inaudita «simplicidad», me arrellano en la cómoda butaca de cueros y con indolencia infinita, montruosa, le aseguro al mozalbete:

—De aquí no me muevo hasta que no haya visto al fenómeno ese...

El secretario, angustiado y confuso, vuelve al cuarto donde Bing quiere esconderse a mi curiosidad. Y pocos minutos después la figura del joven actor se perfilaba en el marco de la puerta: mi obstinación había vencido.

Con Bing salía otro joven de aventajada estatura y mucho más guapo que el artista.

Por supuesto, Bing no representaba una sorpresa para mí. Durante semanas, meses, lo había escuchado en todas partes. En el teatro, en los restaurantes, en casa de mis amistades, en los clubs... Conocía la epidemia «crosby» de Norteamérica; pero visto desde mi luneta era al fin y al cabo la figura brillante, a quien las candilejas prestaban parte de su misterio y atracción... Así, de cerca, Bing no era más que un muchachote americano, con apariencias de colegial y unas ganas tremendas de descansar y no de ser entrevistado.

—Ay, qué pena, señorita — se quejó el futuro astro —; yo tengo que salir en seguida; no voy a tener el gusto de que me entreviste... Pero mi hermano (señalando al guapo mozo que saliera



Bing Crosby y su célebre batuta. (Fotografía especial para Films Selectos)

del cuarto con él) le dirá cuanto usted y su público quieren saber de mi vida.

—Desgraciadamente, amigo mío— atajo yo —, no he venido a entrevistar a su hermano, sino a usted...

Y añadió, viciosamente:

—Siéntese un momento; esto no duele mucho... Tenga la seguridad de que una entrevista es la operación más sencilla y menos peligrosa que se puede ejecutar...

Suspirando profundamente, Crosby miró a su secretario. En aquella mirada leí homicidio con premeditación.

El modesto empleado temblaba. A su vez él me miró a mí con ojos aviesos... Por fin, para romper la violencia de la situación, produje las fotografías que es de rigor hacer autografiar. Y para hacerle la labor más fácil y para tener esta prueba de mi famosa entrevista al joven cantor de radio, antes de que en un malhadado instante de «temperamento» se arrepintiera, le prepare yo mismo la pluma:

—Aquí, Bing, esta para Films Selectos..., esta para mí, etcétera...

—¿Films Selectos? — dice el actor, extrañado —. ¿Algún magazine americano?

—No, no — me apresuro yo —; es una revista española..., de Barcelona. ¿Conoce usted España?

(Quiero provocar una reacción en el actor. Quiero obligarlo a que se olvide de sí mismo y hable de cualquier cosa, humanamente.)

Y he aquí que se rompe el hielo. España es una palabra mágica en Norteamérica. Decir España es decir alegría, plaza soleada, mujeres hermosas, toreros bravíos, mantones de rosas encarnadas y Don Juanes haciendo el amor con grajeo inimitable.

Bing Crosby muerde el anzuelo. Se pierde en un mar de sabrosas conjeturas y peregrinas ideas respecto a la Madre Patria. Menciona nombres preeminentes. Se interesa por saber si es cierto que en España un torero es capaz de dejarse enganchar en los cuernos de un toro por el clavel que una maja le tira desde su grada.

¿Por qué quitarle la ilusión? Yo lo dejo con la idea romántica de nuestra raza. Además, nada que dijera yo lo convencería. Seguimos siendo pintorescos y sentimentales frente a la raza fría y calculadora de los sajones. Nos engolfamos en remembranzas de las personalidades artísticas de nuestros países y del mundo entero. Bing ha adquirido de pronto una nueva personalidad ante mis ojos.

Poco a poco la conversación es amena. El ídolo se ha olvidado de su «pose» y se humaniza...

Desgrana su historia, cortada a intervalos por súbitas vueltas a su cuarto, diciéndome cada vez que me abandona por un segundo:

—Perdone; estoy arreglando detalles de mi «toilette»...

Bing, nuestro próximo «Gable», nació en Tacoma, estado de Washington. Y como el joven actor no ha llegado aún a esa edad peligrosa en que la única salvación está en olvidarse completamente

(Continúa en la página 23)

EL HOMBRE DE LOS ONCE NOMBRES

"SALUSTIANO"

el artista cómico de la anteguerra, que llenó el mundo de carcajadas, ha vuelto al film

por Manuel P. de Somacarrera

FilmoTeca
de Catalunya



Prince en los tiempos que triunfaba como «Salustiano».



Como es actualmente Prince (Salustiano).



SALUSTIANO, el gran Salustiano, que hizo las delicias del público de la anteguerra y llenó el mundo de carcajadas, ha vuelto al film. Los años no han pasado en vano, puesto que su figura, hoy un poco encorvada, no tiene aquella prestancia y menos su rostro la frescura de entonces. Pero su arte aún merece respeto y más aún: profunda admiración.

¿Quién no recuerda a Salustiano? Por fuerza que hemos de recordarlo todos, los que antes y después de la guerra acudíamos a las salas de proyecciones y nos desternillábamos de risa viendo cómo se reflejaban en la pantalla sus ingenuas payasadas.

De los artistas cómicos que por aquel entonces ostentaban el pomposo título de reyes de la risa — Sánchez, Toribio, «Tomisín», Max Linder... — ya apenas si sobrevive alguno a su historia augusta. Sin embargo, Salustiano fué antes de la Gran Guerra lo que Charlot durante ella, lo que es ahora Charles Chases o cualquier otro astro por el estilo.

Su nariz arremanigada, sus ojos cómicamente expresivos, y, sobre todo, aquel dejo de admiración o de interrogación que siempre había en su boca, ha sido lo que ha hecho reír al orbe entero.

No cabe duda que Salustiano era — ¿lo es aún? — un actor en verdad apayasado; pero todos sus trucos y gestos de «clown» eran fuertemente regocijantes, hondamente inofensivos y llenos siempre de una ingenua belleza y de un delicioso encanto.

Además, Salustiano ha sido el artista cómico de su tiempo que ha batido todos los records de filmación.



Prince Rigadin (Salustiano) en «S. M. el Amor».

Recuérdese, si no, cuando trabajaba para la «Pathé», haciendo una película cada semana.

El protagonista de tantas y tantas películas mudas, el artista que cautivó a los públicos ingenuos y románticos de la anteguerra, tenía también y creo seguirá teniendo un criterio personal acerca de la risa, ya que en ocasión de hallarse en nuestra ciudad, confesó a un periodista que no sabía por qué hacía reír a las gentes aunque si se atrevía a asegurar que era mucho más fácil, tanto en el teatro como en el cine, hacer llorar que reír. La risa colectiva — decía — es mucho más difícil de arrancar que la risa individual. Además, el efecto común se produce por tres motivos. Uno, por la entonación; dos, por la actividad, y tres, por el gesto.

Como puede observarse, sus juicios no son nada vulgares y si juicios bastante acertados que revelan por sí solos la capacidad o el ingenio intelectual de quien los hiciera.

Salustiano era maestro en saber pulsar los resortes de la risa. Inventaba los trucos más absurdos para hacernos reír y hasta en ocasiones tan-

ta alegría, nos hacía llorar; pero no de una manera patética, sino ruidosamente. Aquel movimiento de sus ojos, su nariz en forma de escarpi y aquel todo de cómico espanto

que emanaba de su figura era lo que hacía despertar la hilaridad de todos los públicos y el que jalease sus payasadas inimitables.

Cuando estuvo en San Sebastián el año 1924, se le tribuló un recibimiento cariñosísimo. Los donostiarras lanzaron al aire sus boinas y él, por no ser menos, lanzó la suya que le habían regalado. Un año después, cuando vino a Barcelona, se le volvió a hacer objeto de un mayor homenaje al cabe. Fué entonces cuando actuó en el teatro Romea y al frente de una troupe de artistas. La prensa se ocupó elogiosamente de su trabajo e hizo que su popularidad volviera a ser reconocida por todos. Después marchó a París, donde ha permanecido poco menos que obscuro, hasta que el resurgimiento del cine francés lo ha conquistado de nuevo, haciendo su aparición en «S. M. el Amor», como actor de carácter. Es asimismo curioso ha-



El gran actor cinematográfico Prince Rigadin (Salustiano), que, después de haber dado algunas funciones en Romea, conversa con redactores de la gran prensa barcelonesa.

(Continúa en la página 34)

GINGER ROGERS

Ginger Rogers estuvo a punto de pisar la escena en su infancia, pero actualmente da gracias a Dios de que su madre resistiera a la tentación de contratarla cuando sólo contaba seis años.

En aquella época, la madre de la futura actriz, cuyo nombre es Lella Rogers, escribía películas para la entonces niña prodigio de la pantalla María Osborne.

Ginger era una criatura muy inteligente que sabía cantar muy agradablemente y bailaba un movido baile escocés que era la envidia de todas sus infantiles amiguitas.

Con frecuencia la empresa le ofreció papeles de más o menos importancia, que fueron siempre rechazados por Mrs.

Rogers. Esta discreta señora, sabía que muchas veces el prematuro trabajo malogra verdaderos genios, y, además, deseaba que su hija escogiera su profesión por sí misma. Si cuando tuviera la edad suficiente elegía el teatro, no sería ella quien se opusiera, pero rechazaba las imposiciones.

Siguiendo este criterio, Ginger continuó sus estudios y pronto se distinguió en Fort Worth, llegando a ser el alma de todas las diversiones proyectadas por su colegio, y estos repetidos éxitos la determinaron a probar fortuna en la escena.

Su madre, poco aficionada a fiarlo todo a la casualidad, procuró que su hija adquiriera experiencia teatral antes de pisar las tablas, y al efecto escribió varios monólogos basados en la historia de Tejas, que la pequeña Ginger o Virginia, que es su verdadero nombre, se encargó de recitar para dominical recreo de las niñas de la vecindad. Al mismo tiempo tomó lecciones de baile, participando de ellos su madre, como si ambas hubieran de debutar juntas. Por entonces se propagó la furia del charleston, y la aspirante a estrella se entregó con ardor a esta fatigosa danza, llegando a ganar el campeonato de Tejas, cuando acababa de cumplir los catorce años. La recompensa de su trabajo fué un contrato por un mes en una compañía de vaudeville. Entre madre e hija se había decidido que la definitiva profesión de la última fuera la pantalla, y ambas estaban convencidas de que el camino más corto para lograr sus aspiraciones era el formar parte de una de las compañías de revistas de la capital.

Siguiendo esta idea, trasladáronse madre e hija a Nueva York, y Ginger, sin descuidar sus lecciones de música y baile, recorrió todas las agencias teatrales de la metrópolis, pero a pesar de su actividad, transcurrieron varios meses sin poder encontrar ninguna colocación. Por último, Paul Ash, que había tenido ocasión de verla trabajar una vez en Chicago, supo que solicitaba una plaza y la admitió en su compañía que a la sazón actuaba en el teatro Paramount, de Brooklyn.

Esta fué la oportunidad que esperaba nuestra joven artista. Habiendo llamado la atención de los directores Bolton, Kalmar y Ruby, fué contratada para tomar parte en la revista musical «A toda prisa», y su trabajo en esta obra de espectáculo le valió en breve plazo el ingreso en la «Paramount». Su primera película fué «Los jóvenes de Manhattan», siguiendo «La reina altiva». Con su tercer film, obtuvo Virginia el rango de estrella; el título de éste era «Mary, la de Manhattan», y tuvo por director a Ed. Wynn.

Miss Rogers ha nacido en Independencia, Missouri, el 16 de julio. Fué educada en la escuela de Fort Worth (Tejas). Mide 1'65 m. de talla y pesa 58 kilos. Tiene el cabello oscuro y los ojos azules. Según su opinión, Juana de Arco ha sido la mujer más notable del mundo.

A nuestra biografiada le gustan mucho las batatas, pero aborrece las espinacas. Desde sus tiempos de colegiala ha demostrado decidida afición a los deportes atléticos, en los que es una verdadera maestra. Posee un magnífico perro de Pomerania que se llama Sándor, y es dueña de un Ford y un Cord, sin que haya podido resolver todavía cuál de los dos le gusta más conducir. En una ocasión evitó el llegar tarde a un ensayo por el ingenioso medio de alquilar un coche de ambulancia, salvando así las trabas de la circulación.

Cuando canta para la radio, hace los mismos ademanes que si estuviera en escena. No puede soportar el ver a alguien escarbarse los dientes con un palillo. Jamás asiste a los clubs nocturnos y siente irresistible pasión por el cine.



EL
CINE
Y
LA
MODA



Elegantísimo traje de sociedad
presentado por la artista de
la Paramount Carole Lombard

**El complicado proceso del primer beso, demostrado
en seis escenas por las estrellas de la Fox, Elissa
Landy y Neil Hamilton**

(Envío de Mary M. Spaulding. Exclusivo para "Fílm Selectos")

FilmoTeca
de Catalunya



El rubor colorea las mejillas de la chica...
El galán trata de vencer, haciendo del
deseo vehemente un juego casi infantil.



Una vez en sus brazos, el galán no asusta
a la bella con un desbordamiento apasio-
nado, sino que comienza la suave y res-
petuosa caricia del beso en los dedos.



Casi frente los bra-
zos se echan la cabe-
za del... y de pronto...



...los labios de él buscan ansiosos y
apremiantes los temblorosos la-
bios de la joven, que quiere resistir
la caricia tentadora, hasta que...



...más fuerte que su voluntad el amor ven-
ce y ella devuelve con ardor el beso que
los une para siempre en un éxtasis divino.



Abandonada completamente a la voluntad del
amado, la bella conoce por primera vez lo que
significa la palabra "posesión" al contacto
de dos bocas, dos sueños y una realización.



MUJERES BÓNTAS

ANITA LOUISE

DE LA R. K. O. - RADIO





Decorado: Esteban Puerto
Escenar: 150-174

PRODUCCIÓN 215 A

Director: F. H. W.
Versión: Española

He aquí el primero de los artículos que al marcharse a Hollywood nos entregó Fernando G. Toledo

Desor, la primera vez que había leído el escenario del film sospeché, casi inconscientemente, que se trataba de una parte sumamente fastidiosa; deblendo advertir que en el estudio damos ese calificativo, precisamente, a las escenas que más le gustan al público y al autor del argumento. Esas escenas son las que hacen vacilar nuestra ecuanimidad y nos colocan en un estado de insubordinación que nos hace insinuar tímidamente:

—¡Pero, hombre!... ¿No cree usted que todo esto sería más lógico en el decorado de... la... «Taberna»?... — Por descontado que la apreciación es siempre ridícula e imposible, hija de un egoísmo desenfrenado con vistas al ahorro de trabajo.

Esta es una confesión que hago, convencido de que mis lectores sabrán guardar el secreto que toda confesión requiere. Y por si acaso alguno quisiera ir con el cuento a la casa donde actualmente trabajo, creo que sería mejor para mí si dijera lo siguiente:

«Esperamos siempre la hora de los decorados más difíciles, para dar una prueba de nuestra indiscutible aptitud organizadora y mostrar el archivo inmenso de ideas prontas a servir los intereses de la más importante Compañía Cinematográfica del mundo, que es la...» (¡Ahí el nombre de la Compañía.)

Sin embargo, opino que esta segunda «versión» no es del todo sincera, y como me han solicitado que escriba algo sobre la intimidad del cine, quiero empezar por descubrir los verdaderos sentimientos de un ayudante de director en visperas de una escena difícil.

He dicho, pues, que, inconscientemente, había sentido desde el primer momento el trabajo que tenía aquella parte del film. Luego, a medida que se acercaba la fecha fijada para el decorado y con ella aumentaba el número de veces que fue leída, la sospecha se convirtió en una certeza horrorosa, en una realidad incombustible que me hacía consultar cada diez minutos la lista de «trastos» necesarios: ocho policías en moto, doce a pie, siete Sheiks árabes a caballo, una caravana de camellos con sus respectivos domadores, doce negros y ocho chinos también con domadores, digo, con intérpretes, cinco o seis perros, un motor de aviación (había una tormenta), y luego una multitud de ciento cincuenta extras, árabes a ser posible, porque la acción se desarrollaba en Port-Said. Aparte de esto se necesitaban una porción de cosas (revólveres, pasteles, anclas, toneles, sacos, etcétera), que serían

Reuéc Hérbel y Ricardo Nieto, en una escena del film Paramount, «Las noches de Port-Said» (Foto Paramount.)

provistas por el «Departamento de accesorios».

Nuestro turno de trabajo empezaba a las siete de la tarde, pero el 24 de septiembre estuve en el estudio a las cuatro y media. Me aseguré de que las convocatorias de personal se habían cumplido; de que los perros, caballos y camellos habían llegado y de que las motos se encontraban «au point». Revisé el decorado, me entrevisté con los asistentes de los cameramen, y ya cerca de las seis empecé a comprobar si los «Sheiks» montaban a caballo y si los policías conocían el manejo de las motos. De manera que a las seis y media teníamos listos a «rodar» un total de doscientos quince individuos enterados de lo que tenían que hacer durante la filmación de la escena. ¡Respiré... y de qué manera! Y como premio a mí mismo entré en el bar del estudio y hebi un exquisito «Mantahan».

Era la satisfacción del deber cumplido lo que seguramente me hizo encontrarlo más delicioso que nunca. Sólo entonces, después de hecho el trabajo, pensé en la insensatez mía al imaginar que toda aquella escena podía haberse desarrollado en el decorado de la «Taberna»...

Las siete. Llegué al «set». Cada cosa estaba en su sitio y cada extra en el lugar que se le había señalado. Me sentía casi orgulloso; ¡vaya un tio organizando cosas! Es que, vamos, no faltaba detalle. Las tres cámaras habían sido emplazadas en el sitio que indicó el director, el motor de aviación funcionaba como en su juventud, las motos, los camellos, los perros, los caballos, los árabes, los chinos, los negros... El micrófono en su sitio... Las luces preparadas... El director me dijo que hiciera un ensayo general para ver el movimiento y acabarlo de organizar. Con toda la fuerza de mis pulmones, como un gallo victorioso, grité: «Silence»; y el jefe de cámaras ordenó: «Lumière». Y, por fin, el director: «Partez».

Y, en efecto, empezó la escena.

La caravana de camellos estaba cargando opio de contrabando. Pasaba un espía de los «Sheiks» y denunciaba el hecho en la estación de policía más cercana; salían los policías en moto, tomando a todo gas la dirección del puerto, y mientras se entretenían con los contrabandistas de opio, los «Sheiks» se escapaban, camino del desierto, con un formidable cargamento de armas. Toda la escena se desarrollaba durante un temporal de arena imponente. Terminó el ensayo y tuvimos el honor, el otro ayudante y yo, de ser felicitados por el director. Entonces, la satisfacción ya no me dejaba estar ni tranquilo ni callado. Paseé, magnifico, el decorado arriba y abajo y por último ordené: «Tout le monde en place!»

Se iba a «rodar» y el director me dijo:

—¡Sírvase hacer venir al galán.

Fué una impresión desconocida la que experimenté; algo parecido a una teja que hubiese caído de canto sobre mi cabeza... una sensación de fin... de vacío... ¡Qué ojos de idiota tuve que poner en aquel momento! Salí disparado, loco, en busca de un teléfono. ¡¡Cielos!! Se me había olvidado convocar al galán.

FERNANDO G. TOLEDO



DEL DIARIO DE UNA PENSIONISTA

No sé cómo ha venido a parar a mis manos. Ignoro cómo pudo entrar en mi casa ese librito color azul claro. Quizá alguno de mis familiares lo ha hallado abandonado por la calle y lo ha recogido aguijoneado por la curiosidad. Estoy solo y he de resignarme a ignorarlo.

Lo he hallado sobre la mesa de mi despacho. Está bastante estropeado.

Apenas me es dable leer en la cubierta: «Diario de una pensionista», escrito con grandes caracteres sumamente borrosos.

Observo, en rápida ojeada, que faltan algunas páginas y otras se hallan medio arrancadas. Están escritas a tinta, por femenina mano, con letra de fino rasgo, menudita y elegante.

Todas las páginas aparecen emborronadas con lápiz. Ella me convence de que este librito, que indudablemente serviría de juguete a algún chiquillo, ha sido hallado en la calle.

Estos garabatos dificultarán mi lectura.

Trato de borrarlos...

Entretanto, mi imaginación va tejiendo las más fantásticas suposiciones... ¿Qué podrá haber inducido a una mujer — joven posiblemente, quizá bella y elegante — a confiar al papel — testigo mudo pero infiel en esta ocasión — sus sentimientos — íntimos quizá — abriéndole su corazón?... ¿Serán, tal vez, inquietantes confesiones de una alma do-

lorida? ¿O las románticas expansiones de una dulce muchachita que sueña con un príncipe encantador?...

Una extraña sensación me embarga al pensar que voy a entrar, como un vulgar ladrón, en la vida de una mujer; que voy a penetrar sus más recónditos pensamientos...

Tal vez las cosas sin trascendencia, sin interés alguno. Por otra parte echo de menos las primeras páginas arrancadas que se llevaron quizá el nombre de la protagonista — esa mujer que quiero suponer joven y bella —. Empiezo a leer, pues, con dificultad pero ávidamente, por donde el destino ha querido que empezara. Que no es el principio del diario, sino sólo un principio...

«...¿Qué le parece a usted este vestido?...

«¡Pero, Dios mío! ¿Yo tengo que ponerme «esto»? — pregunté, espantada, a la vista del uniforme a gruesas rayas que parecía más el de un prisionero que el de una educanda de un aristocrático pensionado.

«¿Cree usted — se me contestó — que las muchachas corren por el instituto en traje de «soirée»? ¡Aquí tiene usted también el cuello correspondiente, los zapatos y las medias de algodón!...

«Mi corazón se había encogido ásperamente. No podía creer lo que se me decía. ¿Estaría soñando? ¡Yo, ponerme

medias de algodón! ¿Yo vestida con aquel traje antiesfético, repugnante casi!... No pude reprimir un gesto instintivo de protesta... ¡Todo mi ser me inducía a ella energicamente!

«¡Pero chiquillo! ¡Si se deja usted las medias de seda, va a ser expulsada del pensionado!... Además, su peinado tiene que sufrir también una transformación; estos rizos cuadrarán muy bien en su casa de Berlín, pero aquí hay que prescindir de ellos en absoluto.

Era el golpe de gracia. ¡Yo no lo resistiría! Mi peinado, ese peinado que me sentaba tan bien... ¡Pero, no, no! ¡Yo no les dejaría!... Atemorizada, abandoné, huyendo casi, del guardarropas... Parecíame que todas las institutrices, la directora a la cabeza, encendida de ira y mirando terriblemente, me perseguían... Quise gritar y la voz no salió de mi garganta... Un sudor frío bañaba mis sienes... Las piernas se negaron ya a obedecerme. No pude resistir más... Sentí la férrea mano de la directora posándose sobre mi hombro...

Sobresaltada, desperté de aquella terrible

pesadilla. Me había quedado dormida. Una compañera acababa de poner su mano sobre mi hombro para despertarme. Era la mano que en sueños se me antojó de la directora. Respiré profundamente, con alegría. El aire fresco que venía de la calle me producía una sensación de dulce bienestar.

«He andado luego, curiosamente, por el estudio cinematográfico de Carlos Frólich. Parecía, al recorrerlo, encontrarse una en un verdadero pensionado de muchachas. Los corredores están concurridísimos de pensionistas luciendo sus uniformes a gruesas rayas negroamarillas.

«¡Desilusión! Lo que creí confesiones de alguna joven herida por algún engaño amoroso, lo que supuse íntimos secretos, no son más — siendo para ella quizá mucho — que las impresiones de una muchacha del conjunto de la película «Muchachas de uniforme» a la vista del rodaje de la misma...

Sigámoslas, sin embargo. Puede que ellas nos revelen algo desconocido o nos muestren la realidad de aquello con lo cual sueñan tantas cabecitas locas...

«Mi cuello fuerte me aprieta enormemente la garganta; las medias de algodón raspan mis piernas; los gruesos zapatos fuerzan dolorosamente mis pies. Ando como sobre ascuas...

El peluquero ha peinado mi cabeza

hacia atrás y lo ha recogido en la nuca en un moño que me estorba terriblemente. Me he mirado al espejo. Me encuentro desconocida y fea...

—¡Señoritas! ¡Prepárense para la prueba! — grita, de pronto, una voz recia.

Rápidamente me empolvo un poco la nariz y todas las pensionistas irrumpimos en el taller.

Leontine Sagan, la «regisseuse», se halla ya en su rincón favorito.

—¡Bien, muchachas — dice —, cantad ahora la canción que ensayamos ayer.

Todas cantan menos go.

—¡Claudia! — grita la señora Sagan a mi rubia vecina — ¡Enseñale el texto a esa criatura!

Mientras tanto, Carlos Fröllich sube a una silla para comprobar el aspecto que ofrecemos.

—¡Muchachas!... — dice — ¡Miradme y cantad!

Así lo hacemos dos, cuatro, seis veces...

Acabamos rendidas. Estoy casi ronca. Al fin llega el descanso. ¡Bien merecido lo tenemos!

«En el estudio hay gran movimiento. Va a impresionarse la fiesta y la representación de la obra teatral «Don Carlos».

Hace un calor sofocante. Apenas podemos respirar. Algunas muchachas andan ya vestidas para la representación, murmurando versos de Schiller. Berta Thiele, que ha de representar el papel de Manuela, va ataviada con su traje de terciopelo azul. Está muy mona. Enfrente está sentada nuestra severa superiora. Su severidad es afectada. Ahora mismo está riendo alegremente de algún chiste que le habrá hecho Crista Winsloe, la autora de la pieza teatral en que la película ha sido basada.

Una compañera me presenta a Dorotea Wieck, que en la obra encarna la bondad y la ternura.

Dorotea Wieck es una mujer bellísima, de serena y seductora belleza. Viste su traje gris de profesora; la cofia blanca sobre sus cabellos oscuros, la frente despejada, brillantes sus ojos azules, en los cuales se refleja la bondad de su alma. Dorotea Wieck no debe esforzarse mucho para dar realidad a su personaje.

Se dirige a mi compañera:



—¿No tendría un fósforo por casualidad?

Y ante la negativa prosigue: —¡Nadie tiene cerillas en este taller! He preguntado al ayudante y, en lugar de ello, me ha ofrecido, como siempre, un bombón. Esos chicos — añade con sorna — son muy chistosos...

Dorotea Wieck es muy graciosa; sus labios esbozan siempre una fina sonrisa. ¡Cuánto me gustaría parecerme a esta chica! Aquí todo el mundo, hombres y mujeres, la miman, la quieren por su bondad y por su simpatía innata...

De pronto empiezan a sonar órdenes por todos lados...

—¡Manuela, llse, señorita Bernburg! ¡A la prueba!...

Hay un enorme revuelo en el estudio.

Dorotea fuerza una actitud que quiere ser severa y, poseyéndose de su papel de profesora, nos dice:

—¡Daos prisa, muchachas! — Y al ver que no nos movemos, insiste:

—¿Queréis apresuraros? — Ni así suena a mando su voz, que tiene de amistad, de camaradería...

Todo el mundo está ya en su puesto. Va a empezarse la prueba... De pronto estalla una lámpara incandescente produciendo un ruido ensordecedor...

Entre las muchachas del pensionado ha causado un pánico terrible...

José Sagré



NOTICARIO

FILMS SELECTOS

CONCHITA Montenegro anda por los Estados Unidos obteniendo gran éxito en una compañía de vaudeville.

El día 6 del presente mes, con asistencia de numerosos socios de toda la región, celebró Junta general extraordinaria bajo la presidencia de don Fernando Artacho la Sociedad de Empresarios de Andalucía, adoptando por unanimidad los acuerdos siguientes:

Que en los casos de pasarse películas a tanto por ciento, se exija a las casas alquiladoras un programa de dos mil quinientos metros como minimum, sin cobrar nada aparte por el complemento en los casos que éste sea necesario.

Que se pague a las casas de películas, como maximum, el cuarenta por ciento para las películas de estreno y el treinta y cinco por ciento para las de reprise, sin perjuicio de las distintas categorías de películas y entendiéndose que aquellas cifras significan únicamente el tope máximo.

Que no es aceptable por inhumana la estipulación de seguro o garantía mínima en las películas que se alquilan a porcentaje, debiéndose tomar los alquileres bien a tanto alzado o a tanto por ciento, pero en este caso sin garantía de rendimiento mínimo.

Que en los casos de proyecciones a tanto por ciento el gasto de propaganda extraordinaria debe ser pagado por empresario y alquilador en proporción a los ingresos que cada uno obtenga.

Que no se debe aceptar la cláusula de sumisión o competencia de los tribunales de Barcelona, sino de los de Sevilla o los del lugar donde deben cumplirse los contratos.

Y que, en tanto

no exista un procedimiento de conciliación o arbitraje entre alquiladores y empresarios, no se acepte cláusula de sumisión a la Mutua de Defensa Cinematográfica Española ni se reconozca esta entidad.

RICHARD Arlen solucionó al fin sus dificultades con la «Paramount» y ha firmado un nuevo contrato por cuatro películas, pero con la condición expresa de que ninguna de ellas versará sobre el Far West o tendrá por objeto contar aventuras de Cow Boys.

SIDNEY Fox ha escapado milagrosamente de perder la vida en un accidente automovilístico. Su automóvil, conducido por ella misma, chocó contra un árbol, dió vuelta de campana y rodó ladera abajo por espacio de cuarenta metros. Sidney ha resultado con ligeros arañazos.

ESTE año serán escasos los actores que pasarán las vacaciones en Europa. La mayoría de ellos preferirán las Olimpíadas. Sólo Kay Francis y su esposo Kenneth Mac Kenna, Richard Arlen, Johnna Ralston, George Arliss y Edward Robinson anuncian su viaje a Europa. Kay Francis permanece fuera de Hollywood cuatro meses.

Se dice que Jeannette MacDonald y Ramón Novarro serán los protagonistas de «La viuda alegre», conocida opereta que filmó con — cuando la pantalla no había encontrado aun su voz — Mae Murray, bajo la dirección de Erich von Stroheim.

La mayoría de las escenas de la película «El expreso de Shang-hai» se impresionaron en los alrededores de San Bernardino y Chatsworth, en California, bajo la dirección de Josef von Sternberg. En el rodaje de las escenas de «masas» tomaron parte más de mil orientales, número verdaderamente considerable en estos días en que son muy pocas las películas que se impresionan

más allá de los muros del estudio. Durante los días que Sternberg empleó en el rodaje de las escenas exteriores, más de quince mil personas se congregaron en los alrededores mientras la gran masa de «extras» se movía con la precisión de un ejército a las órdenes de Josef von Sternberg y de sus ayudantes.

PARA un papel de gran importancia en la película «The man from yesterday», acaba de firmar un contrato con la «Paramount», Greta Mager, estrella internacional de las tablas, protagonista de «Esta noche o nunca», en el teatro, que se mantuvo treinta y una semanas en Broadway. En la nueva película trabajan como principales intérpretes Clive Brook y Claudette Colbert.

UN minuto de silencio guardaron todos los estudios de Hollywood como homenaje a George Eastman, popularizador de la fotografía en el mundo y creador de la película sensible.

La gran película alemana «El congreso baila», que distribuyen los «Artistas Unidos», en Norteamérica, ha sido prorrogada una semana en el Rivoli de Nueva York.

El nombre prestigioso de «L'Atlántida» dispensaría de un comentario mayor si la nueva realización de la obra maestra de Pierre Benoit no hubiese sido confiada a uno de los más célebres directores: G. W. Pabst.

Pabst se ha ceñido especialmente a crear el ambiente de su película y para ello se ha aplicado, con su arte incomparable, a «recrear» los diversos planos que la componen, como uno perfectamente homogéneo, lo mismo en lo que se refiere a las escenas exteriores filmadas en Africa, que en las escenas interiores.

Por ejemplo, ciertas escenas del desierto dejarán al espectador una impresión de calor, de sequedad, de sed, mientras que, al contrario, otras dejarán una impresión de frescor de ciudad subterránea. Pabst ha sabido reunir un elenco de primer orden, a la cabeza del cual hallamos a Brigitte Helm, que encarna la figura de la misteriosa Antinea, y a Pierre Blanchard, un lugarteniente de Saint-Avit. Jean Angelo tiene el papel del capitán Morhange, que ya creó en el cinema mudo. Florelle interpretará el difícil papel de Clementina, personaje de la obra de Pierre Benoit, que se verá por vez primera en la pantalla. Los decorados son originales del célebre maestro decorador Melzer, quien ha puesto toda su fantasía en ellos. La música ha sido confiada al reputado maestro Zeller.



Constance Bennett, la llamante marquesa de la Falaise, contempla su belleza. La Bennett aparece actualmente en la película de R. K. O. «La verdad acerca de Hollywood». Foto exclusiva para FILMS SELECTOS, envío de Mary M. Spaulding.

Afortunadamente podremos ver este film en la próxima temporada que se avecina, ya que, según nos informan, este gran film está ya concedido a España y en manos de los mismos elementos que distribuyen la producción «Ufa».

Según Ernst Lubitsch, el eminente director, para triunfar en la pantalla, lo mismo que en el escenario, la actriz que sea bella debe poseer las siguientes cualidades: sinceridad al actuar, gracia en los movimientos, voz atractiva, simpatía personal y el raro don de saber desenvolverse en la escena o ante el objetivo de la cámara sin el menor asomo de artificialidad.

Para ilustrar su aserto, Lubitsch refiere la anécdota siguiente, de la cual fué testigo durante la representación de un drama de Ibsen en una ciudad escandinava:

«Todas las mujeres que tomaban parte en el drama eran rubias, con excepción de la primera actriz, que era morena. La primera impresión fué



Warner Baxter, Heleen Meek y Minna Gambell, de la Fox, en el comedor de los estudios de Movietone City.

de sorpresa por el contraste, pero apenas hubo terminado la escena inicial, la protagonista me pareció tan rubia como las demás, debido a la excelencia de su caracterización.»

En Francia se ha proyectado, en presencia del Presidente de la República, una película documental sobre agricultura: «Los tiempos nuevos al servicio de la tierra». Es una excelente película de propaganda agrícola y se desea que el gobierno favorezca su mayor difusión.

Gloria Swanson gastará, en su próxima película «Ser» la suma de trescientos setenta y cinco mil dólares, dirigida por Rowland V. Lee.

Clark Gable, la estrella máxima masculina de la «Metro», ha sido prestado a la «Paramount», previo arreglo especial.

Será su compañera la linda estrella Miriam Hopkins, en la producción «No bed or Her Own», basada en la novela de Val Lewton, el famoso escritor.

Ann Dvorak, una de las últimas estrellas descubiertas por Howard Hughes, se acaba de casar con el «malo» chino, Leslie Fenton.

El título definitivo que la «Paramount» ha asignado al drama-comedia basado en la vida real de Hollywood, es «Make Me a Star». Antes este film se titulaba «Gates of Hollywood».

Se han estrenado ya dos producciones de Sari Maritza, una realizada en Hollywood, y la otra en Europa.

«Forgotten Commandments» es el nombre de la americana, y se estrenó en el Rivoli de Nueva York el día 2, y «Locuras de Monte Carlo» la filmada en Europa antes de que la gran estrella internacional marchara para América.

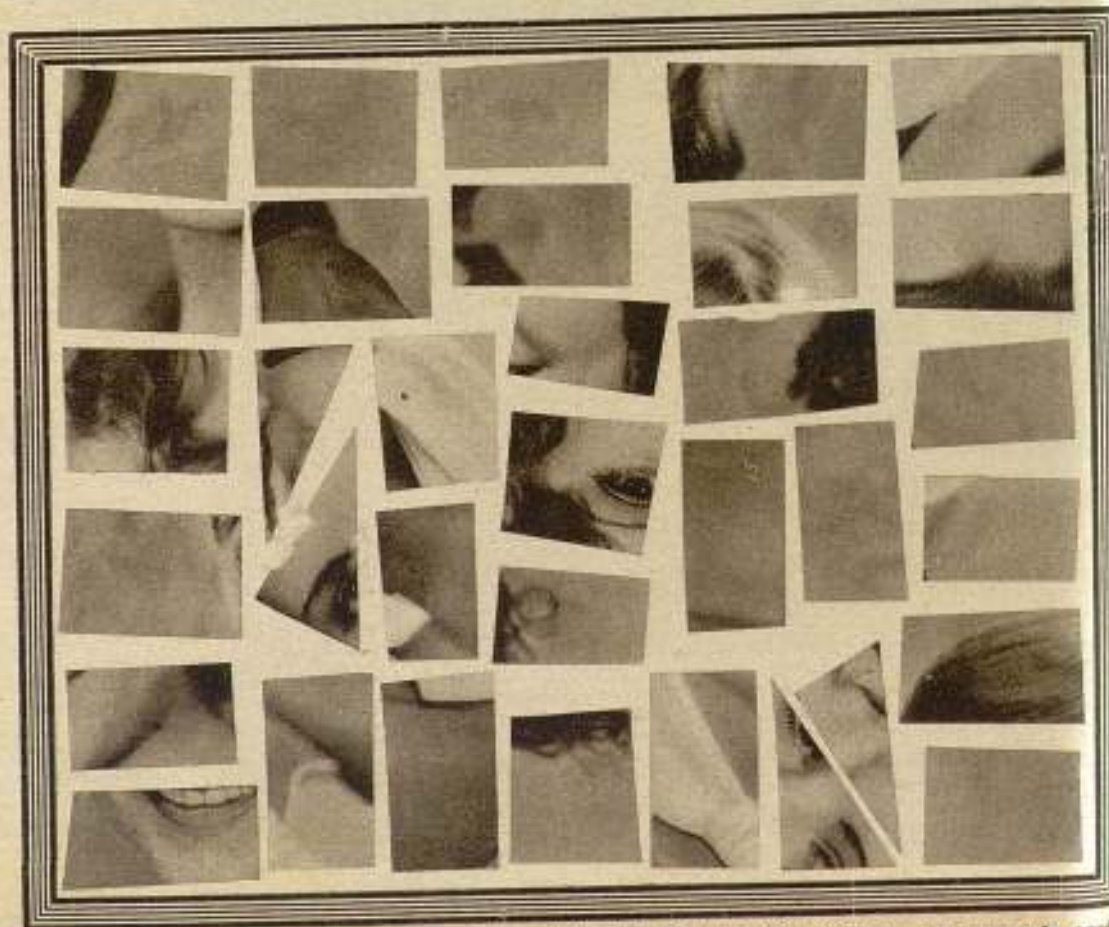
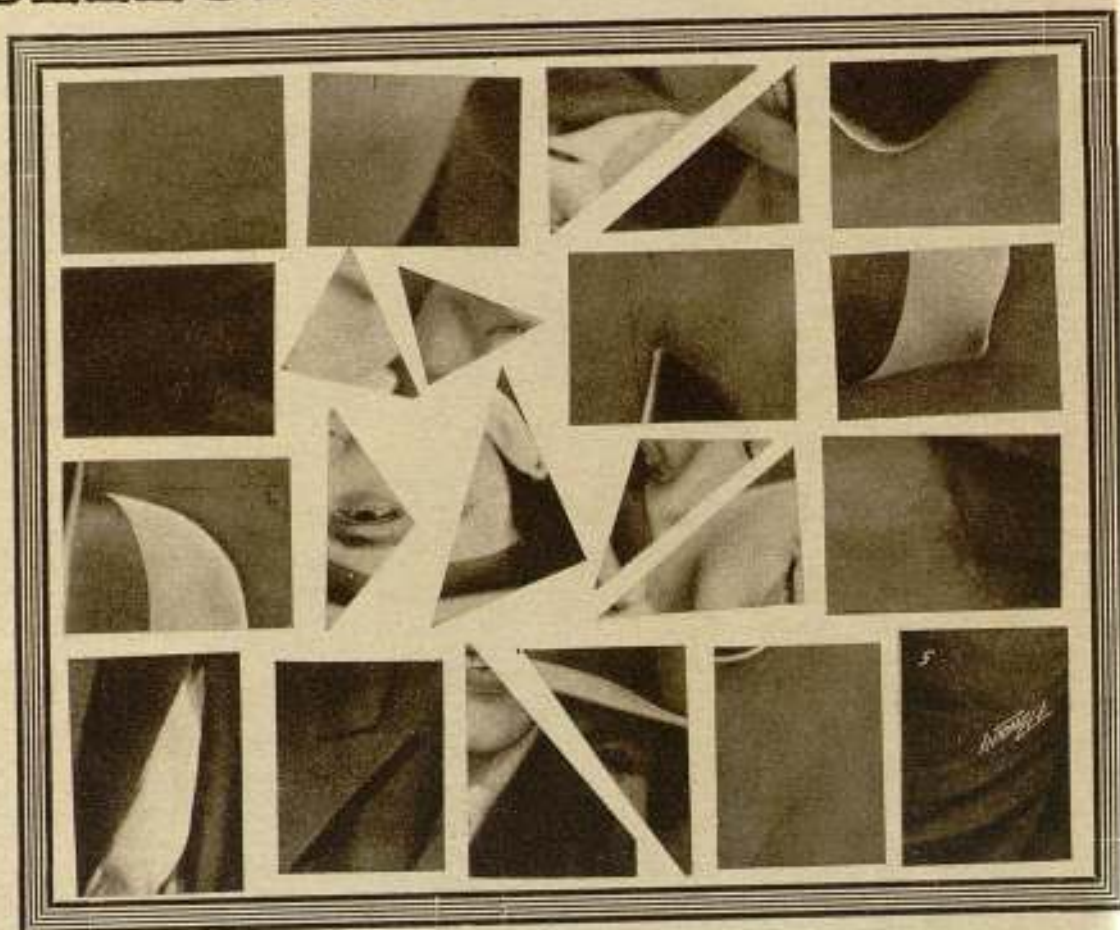


Alfred Santell, director de la producción Fox «Rebeca», arregla a Marion Nixon el peinado que lleva en la película.

Concurso mosaico FILMS SELECTOS-FOX

¿Qué
artistas
son?

¿En
qué
películas
han
tomado
parte?



FILMS SELECTOS
Dos de los doce retratos que hay que reconstituir para optar a los premios que se otorgarán en este Concurso, según las bases que hemos publicado en los números 87 y 91 correspondientes a los días 11 de junio y 9 de julio.

Se debe acompañar la publicación de los doce retratos, y en un solo envío

Igual que la tierra

necesitan abono las vidas humanas si no quieren verse agostadas.

Para reparar las fuerzas perdidas y evitar la concunción y la neurastenia, hay un remedio, único en el mundo: el Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Estimo el Jarabe Hipofosfitos Salud, el reconstituyente más energético y seguro de cuantos he ensayado.—J. Berlanga, médico de Llívia.

Fortifica los músculos, da vigor y robustez y libra al organismo de toda manifestación de

**ANEMIA, INAPETENCIA
DEBILIDAD, NEURASTENIA**

De uso todo el año.

No se vende a granel.



IDOLOS DE CRISTAL...

(Continuación de la página 9)

de la fecha del nacimiento, confiesa que el gran acontecimiento de su natalicio tuvo lugar el día 2 de mayo de 1904, por lo que colegimos que el niño tiene veintiocho años...

Cuando abandonó la instrucción primaria, atendió a la Universidad en Spokane. Estudió un curso de artes y ciencias y quiso dedicarse, durante dos años, a desentrañar los misterios de los códigos civiles y del gran código romano... Pero Bing abandonó pronto esta carrera, atraído por las candelas, que era su verdadera inclinación...

En 1926 visitó la ciudad de Los Ángeles por primera vez, donde comenzó su carrera como artista, en calidad de acompañante al piano, con Al Rinker. Después vino «Fanchon and Marco», los productores teatrales más famosos de Norteamérica...

Más tarde, el insuperable Will Morressey, llevó al joven amateur a su revista, dándole la primera oportunidad para descubrir su talento al público.

Paul Whiteman, el popular director de orquesta, lo agregó a su banda, formando el grupo que más tarde fue famoso como «Los muchachos del ritmo». En ese tiempo comenzó Bing a cantar solos sentimentales y románticos, y atrajo la atención popular, aunque sin despertar un entusiasmo loco, como ocurriría más tarde cuando se dedicó a la radio...

Cuando Whiteman produjo su película «El rey del jazz», donde Bing tuvo un papel importante, el joven determinó separarse de la compañía y probar suerte por su propia cuenta. Empezó la jornada en pequeñas comedias de Mack Sennett, que probaron, a la vez que su voz en el «Mike», sus cualidades fotogénicas.

Más Crosby no quería pasar la vida en comedias de dos rollos. Lió sus bártulos y, con la insolencia de su juventud, comenzó una tournée por el país con un acto de vaudeville en el cual él mismo escribía, dirigía y actuaba.

La «Paramount», madrina de tantos jóvenes desconocidos, lo tomó bajo contrato para una temporada en su teatro de Broadway, y por una de esas reacciones populares difíciles de explicar, Bing Crosby se encontró, de la noche a la mañana, convertido en ídolo popular.

El público se divierte. Es cierto que aquello que represen-

ta una gracia para el ganqui nos deja a nosotros absolutamente inmovilizados; pero yo he sido testigo de que la salida solamente de Bing a escena es suficiente para que la masa aplauda delirante.

Uno de los talentos del joven Crosby, o por lo menos lo que le ha ganado la gracia popular, es inventar sus gracias en el instante mismo, sin tener en cuenta lo aprendido de antemano. Esto, naturalmente, desconcierta a sus camaradas, lo que hace el momento cómico de mayor intensidad, provocando la hilaridad pública. La Empresa, pues, ha ido aumentando el salario y la categoría de este nuevo astro. La temporada corta duró veinte semanas, y la culminación ha sido un contrato espléndido y la perspectiva del estrellato cinesco...

Después que hubimos hablado largamente del arte, se me ocurre preguntar:

—¿Y cuáles son sus diversiones favoritas, Bing?... Porque con semejante labor de aparecer en el teatro, hacer películas y cantar por radio, no creo que tenga usted mucho tiempo para los deportes...

Crosby, poniendo los ojos azules casi en blanco, y apretándose el nudo de la corbata, me asegura:

—Mis pasatiempos preferidos, son caballos y mujeres...

He quedado aturrida, anonadada. Quise hacer la corrección y agregué muy seria, ofendida por aquella preferencia que Bing daba a la bestia:

—Mujeres y caballos querrá decir usted, ¿verdad?...

Pero Bing Crosby es testarudo. Había vuelto a su cuarto donde escuché el misterioso descorché de una botella; vuelve con los labios aun húmedos y, mirándome muy fijo, repite:

—Caballos y mujeres he dicho. En eso quedamos...

Y añade como para justificarse:

—Ya sabe usted que soy casado, ¿verdad?...

Sí. Efectivamente; el actor es el esposo de la bellísima actriz Dixie Lee.

Y aunque Bing confiesa que está enamorado de su mujer, al hablar de sus diversiones favoritas, le da la preferencia a sus caballos... (Es posible que Bing, después de todo, descienda de ingleses.)

¡Este es el nuevo ídolo!... La más famosa y popular voz radiográfica del momento...

¿Cuánto durará?... ¡Quién lo sabe! ¡Pero qué importa! Al fin todos los ídolos de la farándula son ídolos de cristal...

MARY M. SPURDING

Del Divorcio

LOS TRIBUNALES DE AMÉRICA HAN CONCEDIDO UN DIVORCIO PORQUE LA MUJER HABÍA ENGORRADO DEMASIADO

En Nueva York un marido ha pedido y obtenido el Divorcio porque la propia esposa, de sesenta kilos que pesaba el día del casamiento, llegó en diez años a alcanzar los cien kilos.

A la equidad de esta sentencia hacemos nuestras reservas, sin embargo es cierto que la mujer tiene el deber de cuidar su figura para gustar al hombre que ama.

Evitad la obesidad y conservaréis una figura esbelta y elegante que siempre atraerá el cariño de vuestro esposo y nunca pensará en divorciarse.

La obesidad es un mal que puede evitarse y curarse sin régimen alguno y sin sacrificios.

SABELIN responde perfectamente a ese objeto; su composición de hierbas medicinales cura y evita la obesidad y en ningún caso perjudica, eliminando las grasas superfluas.

En el obeso todos los órganos endocrinosimpáticos están privados de libertad suficiente de movimientos, de circulación sanguínea y humoral satisfactorias, porque sus nervios se hallan cubiertos de capas más o menos densas de grasas y el hígado, órgano regulador de las funciones nutritivas, se entorpece y da lugar al estreñimiento, etc., etc.

¿Cómo evitar estas perturbaciones sin someterse a un régimen riguroso y siempre molesto?

Tome **SABELIN** y sin régimen ni sacrificios conseguirá esa espléndida figura que tanto gustaba a su esposo en la fecha de su matrimonio.

De venta en las principales farmacias.

"SALUSTIANO"

(Continuación de la página 11)

cer constar que Prince Rigadin «Salustiano» ha sido el artista, puede asegurarse que el único artista, a quien su nombre le fué adverso, por cuanto cada país del mundo le aplicó el suyo. En Alemania, lo llamaban Moritz; en Inglaterra, Wiffles; en Dinamarca, Vendelby; en España, Salustiano; en Francia, Rigadin; en Hungría, Moric; en Italia, Tartufini; en Portugal, Rigodinho; en Polonia y Rusia, Prans, y en Suecia, Petter.

De lo que se desprende que Salustiano, el gran Salustiano, era conocido en el mundo de once maneras, con once nombres distintos y uno sólo real y verdadero.

MANUEL P. DE SOMACARRERA

Los estudios exigen ciertos requerimientos para los aspirantes a "estrellas"

Ningún aspirante a actriz o actor de la pantalla debe emprender el viaje a Hollywood si no posee experiencia como actriz o actor del teatro, tipo fotogénico y dinero suficiente para pasar por lo menos un año sin hacer nada, es decir, gendo de un estudio a otro en demanda de trabajo.

Con muy contadas excepciones, no hay lugar en los estudios para aspirantes a la pantalla que no hayan tenido experiencia en las tablas de un teatro.

Esta es la advertencia que B. P. Schulberg, director gerente de producción de la «Paramount», hace a los miles de aspirantes, hombres y mujeres, que todos los años afluyen a Hollywood para llamar en vano a la puerta de los estudios de la capital filmica.

El advenimiento de la película hablada en el campo de la cinematografía ha venido a aumentar las exigencias que los estudios requieren de los artistas del cinema. Los que se imaginan que para ser admitido en un estudio, como actriz o actor, se requiere solamente tener un rostro hermoso o una buena presencia, se equivocan lamentablemente. Esto podía ser cierto en los días del cine mudo, pero ahora no.

Más del noventa por ciento de los artistas que trabajan bajo contrato en el estudio de la «Paramount» han trabajado en el teatro durante varios años, y allí adquirieron la experiencia que los ha capacitado para actuar en películas habladas.

Como es natural, hay algunas excepciones, pero son tan raras, que nos veríamos apurados si se nos obligara a especificarlas. Son muy contados los novicios que han logrado triunfar en Hollywood desde el advenimiento de la palabra en los dominios del séptimo arte.

Ejemplo de ello nos lo da, de una manera que no ofrece lugar a duda, la película «Una mujer perseguida» (The strange case of Clara Deane), cuyo reparto está integrado exclusivamente por actrices y actores del teatro. Y esto no es solamente cierto en lo que a los intérpretes principales se refiere, sino a cuantos en la película intervienen. Wynne Gibson, Pat O'Brien y Dudley Digges, artistas que encarnan los tres principales personajes del film, son todos ellos primeras figuras del teatro norteamericano.

Si usted quiere disfrutar de buena lectura, suscribese sin pérdida de tiempo a

LECTURAS

el primero y mejor magazine ilustrado español.

principio creí que no tenías corazón; hoy ya no lo creo... Pero si un día despierta tu corazón... dímelo con franqueza, y yo te ayudaré con todas mis fuerzas para que hallemos la felicidad.

— ¡Qué bueno y qué noble eres! exclamó ella con voz suave... Mucho te agradezco tu interés.

Gunter se pasó la mano por la frente y sentándose, prosiguió:

— La traición de la mujer que yo amaba dió lugar a una tragedia, que hubiera podido evitarse con un poco de sinceridad. Tú te has casado conmigo sin quererme, mas nadie puede impedir que un día despierte tu corazón... Si llega ese caso, dímelo sin rodeos, para evitar mayores males... ¿Me lo prometes? —

Dagmar le dirigió una larga mirada, y tendiéndole la mano, dijo:

— Te lo prometo... No te haré traición ni con un solo pensamiento... Puedes estar tranquilo... Sabré guardar el ilustre nombre que me has confiado, como si fuera una sagrada reliquia.

El le besó la mano, poniendo en esta caricia un ardor hasta entonces desconocido, y que por primera vez despertó en ella una vaga esperanza de que tal vez llegaran a entenderse sus corazones. Mas desechó rápidamente la ilusión por miedo al desengaño.

Pocos momentos después, levantóse Gunter, diciendo:

— Con tu permiso, voy al despacho... Tengo que terminar unas cartas...

— ¡Oh!... No te retrases por mí — dijo ella en su tono habitual.

— ¿Y tú qué vas a hacer?... ¿No te encuentras demasiado aislada en este solitario Taxemburg, después de la vida de sociedad a que estabas acostumbrada en Berlín? —

Ella contestó sonriendo:

— Hasta la fecha no la he echado de menos. Esta quietud es para mí un reposo después de la agitada existencia de la capital.

— ¿Tienes bastante lectura de tu gusto? —

— Sí... de sobra... ¿Y tú adelantas en tu obra? —

— Bastante. Ahora en invierno tengo mucho tiempo. Estos días enviaré parte del manuscrito a la ciudad para que lo copien a máquina.

Con viveza, preguntó Dagmar:

— ¿No te parece arriesgado confiar el original al correo? —

— No me gusta hacerlo... pero no me queda otro remedio, puesto que no se puede imprimir sin este requisito.

— ¿Quieres dejarme hacer este trabajo? — preguntó ella levantándose.

Gunter la miró muy sorprendido.

— ¿Querías tú?... No... eso no puedes decirlo en serio.

— Sí, por cierto... Me causaría gran placer... ¡Tengo tanto tiempo libre!... Ya verás qué bien lo hago.

Sin salir de su asombro, contestó el conde:

— De eso estoy seguro... ya sé que manejaras la máquina como la más perfecta mecanógrafa. Pero no puedo abusar...

— Tú no abusas, puesto que soy yo quien lo ruega — interrumpió ella sonriendo.

Sin acabar de decidirse, objetó él:

— Te aburrirás... Es una tarea muy pesada.

— Para mí, no...

— Y los nombres latinos son muy difíciles.

— Como estás cerca te preguntaré lo que no sé... Dame ese gusto, te lo ruego... Así se me hará el tiempo más corto... ¿Temes no quedar satisfecho de mi trabajo? —

— No es eso — protestó él con viveza —. Pero temo que te fatigues...

— Lejos de fatigarme, será una diversión para mí ocuparme en algo útil.

Gunter la contempló unos momentos en silencio y tendiéndole la mano dijo al fin:

— Hágase como tú quieras... Mas con la condición de que me lo dirás cuando te canses.

— No creo que llegue ese caso...

CAPÍTULO XIII

VARIOS meses habían transcurrido desde que Dagmar era la castellana de Taxemburg, y en su vida había estado tan sola como desde que puso el pie en el feudal castillo.

Su marido, a quien su fingida frialdad repelió, habíase entregado con ardor al trabajo, y en un dominio agrícola de tal extensión, hay mucho que hacer en otoño. Se pasó la mayor parte del día en los campos y bosques, y desde que cayeron las primeras nevadas se encerró en su despacho para continuar su obra científica.

No se había presentado aún ningún huésped.

No se atrevían sin duda a interrumpir la luna de miel de los tortolitos. Sin poder adivinar lo bienvenida que sería para éstos cualquier interrupción.

Entre los esposos reinaba una fría amistad, que Gunter hubiera deseado hacer más cálida, pero temía molestar a su glacial esposa.

El conde no acertaba a explicárselo que en su interior pasaba. La inalterable calma de Dagmar, lejos de complacerle, excitaba sus nervios y, en ciertos momentos, de buena gana la habría sacudido con fuerza para hacerla salir de su desesperante pasividad.

¿De qué provenían estos deseos de cambio? El mismo no acertaba a darse respuesta. Repetíase hasta la saciedad que podía darse por muy contento con haber encontrado una mujer de temperamento frío, que no le pedía amor. Pero, por contradicción inexplicable, le molestaba su reserva y el comprobar que no se acertaban las distancias. Pero no lo demostraba ni quería confesarlo a sí mismo.

Esta era la causa por que evitaba

en lo posible el estar a solas con su esposa, y habitualmente no se veían más que a las horas de comer. Arrojóse en brazos del trabajo, muy convencido de que su mujer estaba tácitamente de acuerdo con que lo librara de su presencia.

Dagmar sufría con estas extrañas relaciones conyugales, más de lo que había podido prever.

A cada instante le era más pesado conservar la máscara que se había impuesto, y el temor a revelar su secreto la llevaba a extremar la nota de frialdad, mucho más de lo necesario. Al mismo tiempo, su belleza aumentaba cada día, y Gunter, lanzando furtivas miradas de admiración al bello y juvenil semblante de su consorte, declinase mentalmente:

«Si esta mujer tuviera una alma sensible, como, por ejemplo, la de la Innominada, creo que volverían a fluir los secos manantiales de mi amor», y seguían tratándose con deferente amabilidad, y complaciéndose en adivinarse mutuamente los menores deseos... Pero el gran deseo, que se agitaba en lo profundo de sus almas... ése quedaba siempre ignorado.

El castillo de Taxemburg estaba cubierto de nieve, cual gigantesca joya envuelta entre algodón. Cada una de sus torres ostentaba una caperuza blanca, que se amoldaba a sus distintas formas. Desde las ventanas del soberbio edificio, el paisaje, cubierto por el manto de armiño invernal, ofrecía una vista de suprema belleza.

La condesa había mandado enganchar el trineo; deseaba recorrer el nevado bosque y, cubierta por magnífico abrigo de costosas pieles, bajaba la ancha escalera que conducía al gran hall central en el mismo instante en que su esposo abría

la puerta de la biblioteca, a la que había ido a buscar un libro de consulta.

Lanzando a su mujer una mirada de admiración, preguntó:

— ¿Vas a salir, Dagmar? —

Ella, ruborizándose ligeramente por la intensidad de la mirada, contestó:

— Sí, tengo ganas de dar un paseo en trineo. El bosque debe de estar precioso. —

Gunter miró al campo a través del abierto portalón.

— Bien dices — asintió él —, debe de ser digno de verse. De haberlo sabido antes, hubiera ido contigo. —

Vaciló Dagmar unos segundos, diciendo después con voz poco segura:

— Pensé que te retenía el trabajo... por eso no te he avisado... Pero si quieres venir... aun estás a tiempo. —

— ¿De veras? — preguntó él con viveza —. Tendrás que esperar... Ya ves que no estoy vestido. —

— Tú te vistes de prisa. —

— Oh, sí... En cinco minutos. —

— Entonces espero. —

— ¿Sin molestia? —

— Con mucho gusto. —

— Pues permíteme que te ayude a quitarte el abrigo. Esto está muy caldeado y te enfriarías fuera. —

— Bueno... gracias. —

Dejó el conde el abrigo sobre un diván y subió rápidamente la escalera, diciendo:

— En cinco minutos me tienes de vuelta. —

Ella le siguió con una ardiente mirada de amor, en tanto que una loca alegría aceleraba las palpitaciones de su corazón. Ir con él solo... estrechados el uno contra el otro, en el estrecho asiento de un trineo... y recorrer así las maravillas del bosque en toda su invernal suntuosidad... ¡Ah!... Era demasiado dicha... Aun sabiendo que él no la amaba.

Dejóse caer en uno de los grandes sillones que se agrupaban frente a la monumental chimenea. En el hall había un ambiente muy templado...

La recién instalada calefacción funcionaba de modo impecable. —

Apoderóse de Dagmar una soñadora sensación de bienestar. Cerró los ojos, dejando que su fantasía le pintara con vivos colores lo muy feliz que podría haber sido si su esposo se hubiese casado con ella por cariño.

Al bajar Gunter la escalera vió a su mujer con los ojos cerrados y se detuvo. La dulzura de la expresión, que daba nuevo encanto a la pureza de las facciones, era desconocida para él. Aquella era otra Dagmar que él no había visto nunca.

Lo espeso de la alfombra hizo que ella no oyera los pasos de su marido y él quedóse contemplándola y perdido en cavilaciones.

— ¿En quién estará pensando cuando pone esa cara? — se preguntó, sintiendo una singular inquietud en el corazón.

Los relinchos de los impacientes caballos enganchados al trineo, y el argentino vibrar de los cascabeles de que estaban cubiertas sus guarniciones, pusieron repentinamente fin al ligero sopor de la condesa.

Abrió los ojos en los que aun brillaba una suave y nostálgica mirada de amor, que no pasó desapercibida para Gunter... ¿A quién podría pertenecer?... ¿Adónde volaron sus pensamientos durante su somnolencia?... ¿Tenía aquel hermoso cuerpo una alma, que se ocultaba de él, porque no le pertenecía?

Acabó de bajar la escalera con un gesto de resolución, cual si intentara obtener inmediatamente la respuesta a tantas preguntas.

Estremeciéndose ella al sentir sus pasos, y tal dominio ejercía sobre sí misma, que al volver el rostro ya tenía éste su habitual expresión.

— ¿Ya estás listo? — preguntó ella en tono de calma. —

— ¿Te has aburrido esperándome? — preguntó él a su vez. —

— No... creo que se me han cerrado los ojos y he dado una cabezada. —

Gunter le echó el rico abrigo sobre los hombros, pensando que tal vez se había engañado, impelido

por la misma fuerza de sus deseos.

Condujo a su esposa del brazo hasta el trineo, echó sobre sus rodillas la gruesa piel de oso, y tomó asiento a su lado.

En el acto se puso en movimiento el norteño vehículo, arrastrado por fogosos caballos, que al trote largo enfilaban la hermosa alameda, que desde el castillo bajaba al valle.

Al principio ambos esposos guardaron silencio, absortos cada cual en sus propios pensamientos. Pero al llegar al bosque, uno de los gigantes abetos sacudió sobre ellos la pesada carga de nieve que sostenían sus ramas, y al recibir la pequeña avalancha, los dos salieron de su abstracción, y riendo, sacudieron la blanca lluvia, entablando una animada conversación. Pero Gunter lanzaba a Dagmar miradas de soslayo, procurando sorprender en aquel bello rostro entojado por el frío la soñadora expresión que tanto le había intrigado.

— ¿Habíase equivocado o no?... ¿Sería capaz aquella esfinge de tener profundos sentimientos? ¿Amaría a otro?... Esta idea culebreó como siniestro relámpago entre las celdillas de su cerebro. —

— ¿Sería posible? ¿Había consentido en casarse con él, obligada por su padre, mientras que su corazón pertenecía a otro? —

Una desconocida angustia apoderóse de su ánimo, unida a una excitación nerviosa, al pensar en que ésta podría ser la explicación de su reserva y frialdad.

Tales pensamientos le dominaron hasta el punto de reducirle al silencio, y ella, viéndole distraído, calló también.

El conde sentía vivos deseos de interrogar sin pérdida de tiempo a su mujer, pero el temor de que sus palabras llegaran a oídos del cochero, situado detrás de ellos, le hizo demorar la explicación.

Tan pronto como regresaron al castillo, acompañó a su esposa al saloncito, en el que estaba servido el té y en cuanto quedaron solos, dijo con voz insegura:

— Quisiera hacerte una pregunta, Dagmar... ¿Me responderás con franqueza? —

Ella le miró con expresión interrogadora.

— Puedes contar con ello... Pero, ¿de qué se trata? —

Mirándola con fijeza, dijo Gunter: — Quisiera saber si tu padre te obligó a casarte conmigo. —

Un súbito rubor invadió la faz de Dagmar, y bajando los ojos preguntó con manifiesta turbación:

— ¿Obligarme? ¿Qué quieres decir? —

— Quiero decir si me has entregado tu mano por tu libre albedrío, u obedeciendo a las imposiciones de tu padre. —

Apretando una contra otra las palmas de las manos contestó ella:

— No puedo decir que me haya obligado... pero no sé lo que habría pasado si me hubiera resistido. —

El se levantó muy agitado.

— Luego ha sido una imposición — dijo, y deteniéndose frente a su esposa, le asió una mano, añadiendo:

— Dime la verdad: ¿has sufrido al tener que someterte a los mandatos que te han obligado a este matrimonio?... ¿Acaso amas a otro? —

Estremeciéndose la mano aprisionada y el rubor había sido substituido por una intensa palidez, cuando Dagmar contestó con voz apagada:

— No... no amo a otro... —

El la miró sin estar convencido, y soltando la mano de su esposa, retrocedió un paso, y suspirando dijo:

— Perdóname si te he molestado al hacerte esta pregunta, pero al bajar la escalera esta mañana sorprendí en tu rostro una expresión de soñadora melancolía, desconocida para mí, y en mi mente surgió la idea de que tal vez amaras a otro... Esto me habría explicado tu frialdad y reserva para conmigo. Pensé que al verte sola, tus pensamientos habían volado hacia el ser querido... Lo niegas, y no tengo derecho a dudar de tu palabra... Pero aprovecho esta oportunidad para decirte una vez más que me consideres como tu abnegado y mejor amigo... Al

ALBUM DE
FILM SELECTO

FilmoTeca

de Catalunya



JACKIE COOPER



ADRIENNE AMES